

JASON STUART MALOY, *Democratic Statecraft. Political Realism and Popular Power*, Cambridge University Press, New York, 2013. 236 páginas.

Sin duda hay varias maneras de atender a una obra, y a veces la extensión de la misma podría dar lugar a confusiones. El caso del libro de Maloy es un claro ejemplo de cómo el número de páginas no se tiene por qué correlacionar con una mayor o menor significatividad, o profundidad, del texto. Su ensayo, ciertamente breve, sobre el arte de gobernar de modo democrático nos deja, sin embargo, una riqueza de contenido a nuestra disposición; y lo que aun es más importante, invita a académicos e investigadores, presentes y futuros, a desarrollar parte de las teorizaciones que despliega el autor, y reformular viejas verdades politológicas sobre la democracia, con un mayor respeto por tres ámbitos: la disciplina de la Teoría política en sí; la Historia como disciplina que combina lo empírico, lo comparativo, y las interpretaciones *ajustadas*, en la medida de lo posible, *a los hechos*, por otra parte; y por último, la Historia de las Ideas y Formas políticas (y si se quiere, la Filosofía política).

Con la base subyacente de dichas *áreas del saber*, que Maloy con este ensayo sin duda enaltece, y asimismo, en línea con la mencionada diversidad de modos de *leer* o *asimilar* la obra, desplegaremos conceptos y líneas teóricas que a modo de *claves*, o *faros*, este texto manifiesta.

No obstante, antes de ello, no podemos eludir la complejidad que ya de por sí plantea el título y subtítulo. Así, *Statecraft*, sustantivo compuesto, alude al arte de gobernar, si bien añadiendo que “arte” conlleva aquí —mediante el término *craft*,

tan usado en contextos de demarcación profesional— su equivalente con *destreza* (propia de todo oficio o profesión), que por tanto requiere cierta técnica y dotes de maestría para su mayor eficacia. Así, sería “arte” o “técnica de gobernar un Estado”, lo cual también se traduce como la destreza de conducir o liderar un Estado, e inclusivamente, a sus súbditos, o cuerpo popular súbdito, algo que claramente asume el autor. Junto al adjetivo inicial la traducción sería (necesariamente mostrando, mediante barras, los sinónimos parciales y complementarios): “*Arte/ destreza de gobernar/ conducir, un Estado, de modo democrático*”.

El subtítulo sugerente señala dos conceptos que el autor pone sobre el tablero (imaginario ajedrez que podría reflejar el *quehacer* del *Poder político*): el *Realismo político*, idea tan pretendidamente empírica (es decir, ingenuamente realista), como parcialmente filosófica. Y por otro lado, el *Poder popular*, o “derivado del pueblo”, idea quizá aún más compleja, si cabe, que la anterior, y que la pluma de Maloy intenta desarrollar dentro de las dificultades que entraña el hecho de que su ensayo, de gran perspectiva histórica, intenta trazar una línea desde la Grecia Clásica hasta nuestros días (p. 41). En él realiza un recorrido que alcanza episodios posteriores de la Historia, como la grandeza y ocaso de Roma y la Italia de Niccolò Machiavelli (1469-1527) (pp. 73-109); la Revolución de Oliver Cromwell (1599-1658) (pp. 110-144); o la historia de Estados Unidos (pp. 145-188). El texto asume, además, las

incompatibilidades, al menos las más obvias, en sentido de lo que sería una pretensión empírico-comparativa, de regímenes democráticos y concepciones de la democracia, la política y la ciudadanía, distintas entre dichas épocas, y claramente diferentes a la actualidad.

Pero, lejos de dejarse subsumir en la impotencia por la apariencia de ciertas extrapolaciones arriesgadas, el autor, mostrándose como un teórico político que rinde honor a dicha (sub)disciplina, se encarga de agarrarse, con decidida energía, a los conceptos y sus derivaciones —tanto las más abstractas como las más operativas— para ayudarnos a reinterpretar determinados marcos teóricos y ciertos personajes y hechos históricos. Todo ello gracias a un vivaz y refrescante, toda vez que humilde, ajuste de cuentas con ciertos mitos que han pasado por relatos históricos de hechos dados. Con esto él nos facilita la citada extrapolación que, en verdad, no era tal, a medida que leemos capítulo tras capítulo. Más bien era la utilización, vía historiográfica y teórica, de cierta combinación de eventos y mitos, para cuestionar (del modo más sano, pragmático y constructivo) *lugares comunes* de la ciencia política, y otras ciencias sociales; o cuanto menos, de su discurso de *pseudo-axiomas* generalmente aceptados, a la vez que sobreentendidos. Estos conceptos son: el realismo político (pp. 45-50); la llamada *Razón de Estado* (pp. 34-40); el juicio popular (pp. 55-58, 64-66) y poder del pueblo (pp. 99-107); la democracia como régimen adscrito a supuestos valores abstractos de la historia moderna (pp. 40-41); la función asumida del ostracismo (pp. 68-71); la supuesta raíz y derivadas del sofismo, y su historicidad (pp. 27-28); el relativismo, el

escepticismo y pragmatismo; la utopía, o utopismo; el moralismo, todos reinterpretados de modo innovador (pp. 12-30); el populismo, y su aparente negatividad intrínseca (pp. 150-161), etc. Asimismo, otros lugares de uso común son las referencias a las obras, e importancia, de Aristóteles (384-322 a. e. c.) o Machiavelli (pp. 42-109) como eje principal de todo el libro.

En este último sentido, por ejemplo, enfatiza obras, o fragmentos de las mismas, hasta ahora solo atendidas minoritariamente, de dichos autores clásicos, y que precisamente contribuirían, si siguen su desarrollo por actuales investigadores, a un énfasis más detallado y exacto, en términos historiográficos, del significado de su merecidísima posición elevada como *sabios entre los más sabios*.

El trato así también merecido, en el presente ensayo, de Platón (427-347 a. e. c.), Sócrates (470-399 a. e. c.), Trasímaco (459-400 a. e. c.), Cornelio Tácito (55-120), Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.), Cromwell o Michel de Montaigne (1533-1592), deja patente la sana combinación entre autores y actores políticos, así como entre sabios y agentes de la Historia. En definitiva, despliega ante el lector el equilibrio —siempre imperfecto, a la vez que cambiante, fluido y curativo— entre el *pensar* y el *hacer*; entre la *razón* —nunca, por cierto, separable de lo sentimental y emocional— y la *acción*, nunca desligable de una *lógica interna*, o unas razones subyacentes, incluso a posteriori, o en paralelo.

Añadido a, y podríamos decir, por encima de todo esto, el entramado conceptual empleado por el autor de este ensayo plantea, con una honestidad intelectual y

apertura de miras excepcionales, la ficción histórica, y teórica, de determinados conceptos que, en apariencia, habrían servido al progreso del conocimiento y de las ciencias sociales en general mediante ciertas dicotomías y dualismos conceptuales. Maloy, a lo largo de su obra, centra su análisis en conceptos, en muy buena parte, agrupados en *pares dualistas* como: realidad y escepticismo *versus* utopía (pp. 19-21, y pp. 25-27); interés público *versus* interés privado, en el eje de la *Razón de Estado* (pp. 37-40); valor y crueldad *versus* prudencia y compasión (p. 99); pragmatismo *versus* moralismo (pp. 22-25, 180-185); democracia como expresión de la voz popular *versus* la institucionalización de sus aspectos más formales (pp. 71-72; 154-161); o líder y poder *versus* pueblo, sobre la cuestión básica de la legitimidad (pp. 101-103).

Tal como muestra Maloy, sin embargo, el dualismo de muchos marcos teóricos (sea más abierto, o más implícito) conlleva paradojas a veces irresolubles, desde un lacónico —y aun acostumbrado— academicismo, y termina por caer en una visión estática del objeto de estudio.

El dinamismo que plantea el autor lo expone, asimismo, en práctica ante nosotros gracias a un cuadro que cumple una función transversal, e historiográfico-teórica, a lo largo de todo el libro, y que, sorprendentemente, nos permite manejarnos entre épocas y etapas históricas bien distintas, pero no por ello imposibles de interrelacionar, en una suerte de diálogo entre ideas, hechos, personajes y contextos históricos abiertos. Dicho esquema se compone de dos abstracciones o “broad terms” (p. 16), *Realismo* e *Idealismo*, plasmadas en sentido dualista, en la teoría y

praxis política, que son modos de interpretar y jugar con dicha *ficción dicotómica*. Estas dimensiones, ya de entrada dualistas, serían: *pragmatismo versus utopismo*, cuya distinción básica sería la acción y el éxito en la vida pública, frente a la contemplación, la verdad y las bondades en la vida privada; y *escepticismo versus moralismo*, que basarían su oposición principalmente en términos de utilidad e interés, frente a honestidad y justicia (pp. 16-17). Las dimensiones así plasmadas son, pues, dos modos diferenciados en los que dicha dualidad, que el autor juega a suponer “intrínseca”, actúa sobre planos de la realidad humana; entre ellos, el plano de las decisiones y acciones políticas.

El potencial y desarrollo de estos dos ejes de prescripción dualista son posibles gracias a la composición interna de cada uno de los elementos en los dos mencionados dualismos, o suerte de “relaciones dialécticas”. Su base originaria, no olvidemos, está en el dualismo-fuente “realismo *contra* idealismo”, en cuatro conceptos que históricamente serían también una suerte de “factores”: dos factores realistas, o “modos de ser realista”, pragmatismo y escepticismo; y “dos modos de ser idealista”: utopismo y moralismo (p. 17). A estos los hace interactuar y permite combinar en parejas específicas que asumen una complementariedad estructural, y determinante, de ejemplos históricos, tanto pasados o presentes como igualmente vivos; más aún cuanto que demuestran la combinación factible y recurrente de realismo e idealismo en la vida política de cualquier Estado y sistema político. Así, nos hace ver que existirían (ya no por tanto, como meras abstracciones) casos históricos enmarcados, no solo en combinaciones puristas. Es

decir, completamente idealistas, como el *utopismo moralista*, o completamente realistas, como el *pragmatismo escéptico*, sino que se dan los casos mixtos de *pragmatismo moralista* y *utopismo escéptico*.

Los ejes que permiten estas combinaciones son, pues, como decimos, anclas solo parcialmente fijas que el autor utiliza precisamente para poner a prueba la veracidad de las presunciones que hay detrás de tal dualismo. Así pues, son dos dimensiones que inteligentemente —y nunca mejor dicho, *pragmáticamente*, en el sentido más epistemológico del adverbio—, pre-asumen la relación dualista-dicotómica entre realismo e idealismo, como un modo indirecto de su posterior desenmascaramiento.

El desarrollo de esta suerte de parejas conceptuales, fruto de la acción humana, y solo humana, logra mostrar a lo largo de todas las páginas del libro la funcionalidad propia de los grandes y pequeños hechos y personalidades que la Historia de *hechos dados*, y su constante y necesaria actualización, nos pone a disposición del tan ansiado Progreso y avance hacia, y en, democracia¹.

Lo hermoso está en la vivaz paradoja, que no ambigüedad, de esta senda tan integradora como necesariamente abierta, e incompleta, que el autor nos permite caminar, gracias al cuadro conceptual mencionado y a su desarrollo múltiple. Con ella

nos invita —a partir de su novedosa retrospectiva— a una novísima, y fascinante, perspectiva para la Ciencia política, y en concreto para la Teoría política. Esta paradoja, y su vitalidad constructiva, nos lleva de nuevo al título de la obra: a un arte, tan diestro, técnico y material, pero de base conceptual tan rica, de gobernar y conducir un Estado y una nación en democracia que tiene consecuencias, una vez más, tanto prácticas como teóricas.

El hecho sustentador de tamaña paradoja es el que sea el sustantivo el que denote la característica primordial del ensayo: el equilibrio necesario, y utilitario si se quiere, entre sabiduría y habilidad práctica. No existe Estado sin actos que lo conformen, ni tampoco existiría su “casuística”, y sus variedades, sin una idea de qué es propiamente *Estado*.

Asimismo, el adjetivo *democrático* quizá tampoco sea casual. Tras completar todo el trayecto historiográfico sugerido por Maloy: la *democracia*, en tanto concepto abusado desde un racionalismo más o menos velado, cargado de justificaciones morales, éticas y filosófico-jurídicas, quizá sea más productivo en su empleo desde la función, más humilde y sabia, de adjetivo, pues no deja de ser un modo, entre otros, de actuar en política. Su asumida superioridad, ética y moral, no tendría por qué estar reñida con sus aspectos más técnico-estratégicos, que contienen en sí tam-

¹ Todos los hechos, sus sociedades implicadas, y las personalidades históricas son tratados por Maloy de modo no lineal ni acumulativo, y rompiendo el tópico liberal clásico de *progreso constante* y *acumulado*. Puede verse en todos los casos histórico-políticos analizados desde el capítulo tres al seis (pp. 42-188) así como en la síntesis y últimas consideraciones que hace Maloy en el capítulo siete (pp. 189-211).

bién altas dosis de los llamados *interés general* o *voluntad popular*.

De hecho, tras los capítulos y sus conceptos-clave que Maloy despliega generosamente, uno parece encontrarse ante la idea de que, en cierto modo, más allá de la imperfección estructural-organizativa del régimen y formas democráticas de cada época estudiada, los pueblos, o naciones, han formado parte constituyente de este aprendizaje continuo de destreza de sus

élites y líderes. Han construido también, sea bajo un tipo u otro de sufragio, y sea en un contexto más conflictivo o no —o más breve o duradero—, una realidad tan recurrente como única: su propio *arte democrático*, su propio *realismo* y su propio “esquema mental” de *poder político*.

IVÁN RISUEÑO